



www.loqueleo.santillana.com

Título original: LA CUEVA DEL VIDENTE

© 2016, Pablo María Sáenz

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-401-2

Registro industrial: 58-347

Impreso por:

Impreso en República Dominicana

Primera edición: febrero 2017

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Ruth Herrera

Ilustración de cubierta: Ruddy Núñez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

LA CUEVA DEL VIDENTE

Pablo María Sáenz

loqueleg

*A mi hijo Pablo Ezequiel,
con amor y complicidad en el mundo de las palabras.*

*“Igual que ayer
llovía tristeza
como estrella fugaz
que muere discreta, efímera,
sin dejar rastro al marchar,
hoy la mañana tiene la tontería
y la mirada del sol.*

*Está cansina, legañososa y hastía,
despliega sus rayos con sopor.*

*Estorba la mañana a quien
no es capaz de comprender
que tres y seis no son diez,
que es quien es y no quien cree.*

*Ahogar la locura es como intentar
tapar y ocultar con un dedo el sol.
Parir pensamientos es como vaciar
solo con mis manos el mar.*

*Vivo dentro de esta jaula de huesos,
mi mente un día echó a volar
más allá del país de las maravillas,
Alicia un día le oyó preguntar
por el camino hacia la tierra de Oz,
en busca de lucidez y razón,
salir de su celda, que es para él la realidad
dar con la llave oculta en su interior.*

*Pues yo quiero desnudar mi alma de tinieblas ya.
Pues yo quiero despertar y saber por qué amar.*

*Ahogar la locura es como intentar
tapar y ocultar con un dedo el sol.
Parir pensamientos es como vaciar
solo con mis manos el mar.*

*Dame la paz
y te alzaré un templo,
hazles callar
hay voces aquí.
Dame la paz
pues busco y no encuentro
el camino de vuelta a vivir..."*

MAGO DE OZ -LOS RENGLONES TORCIDOS DE DIOS*

*Mago de Oz se inspiró para escribir esta canción en *Los renglones torcidos de Dios*, la novela del escritor español Torcuato Luca de Tena, publicada en 1979.

Un inmenso ojo negro y vacío

-Ten cuidado, Marcial, mira si en vez de las nalgas es la cabeza y le haces daño. 11

-No seas miedoso, Mariano, ¿no ves qué es un rifle de aire comprimido? Estos balines no sirven ni para cazar palomas. Semejante bulto no puede ser la cabeza, seguro que está durmiendo como un oso echado afuera de la cueva; además mi padre me dijo que es un salvaje así que se lo tiene merecido.

-Detente, en serio... por favor, no lo hagas.

El silbido del disparo termina en un golpe seco sin despertar ningún grito de dolor. El verano calienta las piedras y no corre una gota de aire.

-¿Ves, qué te dije? Si le hubiese dado en la cabeza, ya estaría tirándose los pelos. Adiós Marianito Acevedo, nos vemos luego.

Marcial me da la espalda y apura la huida.

Yo en cambio me quedo ahí, en cuclillas; medio escondido espero que el bulto se mueva.

Después de un rato y con las piernas acalambradas, necesito levantarme, por si acaso no despego la vista de lo

que me parece puede ser una persona herida. Entonces, al girar a contra luz, plantado sobre el montículo que tengo a mis espaldas aparece la figura de un hombre: es alto y flaco como un alambre, tiene el pelo largo y la barba desflecada. Nos quedamos mirándonos por un rato, en silencio, hasta que él da un paso al costado y me atrapa dentro de su sombra. Me impresionan mucho sus ojos, la intensidad de la mirada, dan ganas de dejarse hipnotizar. Quiero acercarme, pero cuando estoy por dar el primer paso siento por detrás un gruñido húmedo y caliente que me recorre la espalda hasta la nuca: del susto casi me hago pis encima.

Intento dar una explicación pero él no me deja terminar la frase. Sin dejar de observarme, levanta un brazo que señala en dirección al pueblo, y yo obedezco, pienso que aquel personaje misterioso también controla a la bestia que gruñe a mis espaldas.

Camino con la vista clavada en la tierra: trato de parecer natural, como si nada hubiese sucedido pero la transpiración delata mi miedo, estoy empapado. Antes de escabullirme cuesta abajo me animo a espiar hacia atrás: el hombre y el animal ya han desaparecido.

Aunque aquella vez no tuve la oportunidad de disculparme ni de hablar con él, así fue como conocí al que todos llamaban Fran. Decían que estaba loco y que había que tener cuidado, que cuando perdía el control se le daba por provocar incendios.

La cueva de Fran quedaba en el extremo sur del valle en la parte alta; vista desde abajo parecía un inmenso ojo

negro y vacío. El padre de Marcial decía que mucho antes de que se fundara el pueblo aquel lugar era el refugio de una manada de lobos asesinos. En aquel momento se me vinieron a la cabeza los dichosos lobos, lo que aceleró aún más la huida. Crucé el bosque corriendo, tropecé y fui a parar al suelo un par de veces, cuando llegué al cauce seco del río tuve que sentarme a descansar, me costaba respirar y tenía un raspón en el brazo izquierdo que ardía y mucho. El aire seguía muerto y el bosque parecía estar tranquilo. Sin embargo, en aquel momento, yo hubiese jurado que me vigilaban.

13

Llegué al pueblo en mal estado con el corazón acelerado, como quien huye de una persecución. La camiseta sucia pegada al cuerpo por la transpiración, sujetándome el brazo que seguía sangrando y un tenis con la suela despegada. Entré en mi casa por la puerta del jardín.

Cerros Pintados está encajado en la parte baja del valle. Desde la entrada lo vigilan dos cerros de bonete multicolor que cambian de tono con el sol. Este asunto es un tema de permanente conversación entre los habitantes del pueblo, por lo que se escucha hablar al respecto da como para escribir un libro. Al principio, mi madre solía repetirme: “Imagínate como será de lindo el paisaje que el arco iris no pudo resistir la tentación de besar la cima de los cerros”. Creo que se trata de un fenómeno óptico, pero a ella la entusiasmaba la metáfora.

La vida del pueblo se concentra sobre el parque y la calle San Martín que es la principal, donde están el club

social, el bar de Agapito, y los negocios que sobrevivieron al cierre de la Finger. Los más viejos, con una mezcla de respeto y admiración, como si se tratase de los restos de un monumento de esos que aparecen en los libros de historia, la llaman “La Fábrica”. Por lo que me contaron, La Fábrica se había instalado en la década de los cincuenta con un subsidio del gobierno. Fabricaba partes para coches, repuestos para camiones y, según el viejo Isaac, quien decía haber guardado el secreto para no perder su trabajo de sereno, por las noches salían de aquel lugar camiones cargados de piezas y armas para carros y tanques de guerra.

Cuando nosotros llegamos al valle, de lo que había sido la principal fuente de trabajo y progreso del pueblo solo quedaban tres inmensos galpones despanzurrados, donde los gorriones y las palomas volaban a su antojo, y un inmenso playón de carga con gran parte del piso levantado. En el pedazo sano jugábamos a la pelota. Papá había muerto esa misma primavera en una expedición espeleológica. En realidad, mi padre era abogado, pero su hobby era explorar cavernas. Catalina, mi madre, nunca se opuso y él jamás intentó presionarla para que lo acompañara, mi padre tenía su compañero de expedición. Ella había estudiado magisterio, pero cuando yo nací dejó el colegio donde trabajaba mañana y tarde para hacer media jornada en uno que quedaba a la vuelta de casa.

Después del accidente, cuando le ofrecieron la dirección de la Escuela San Javier en Cerros Pintados, pensó que era una buena oportunidad para superar la tristeza

enfrentando un nuevo desafío. Claro que nadie le había dicho que esa era la única escuela de un pueblo que no tenía más de dos mil habitantes, aunque conociendo su carácter si ya tenía decidido irse de Buenos Aires, nada le hubiese impedido partir.

De nuestro primer día en el pueblo recuerdo la invitación a la casa del escribano. ¡Cómo para olvidarla! Antes de que pudiésemos desarmar las valijas nos tocó el timbre la señora Elvira, nuestra vecina, para informarnos que, en exactamente cuarenta minutos, el escribano Ponce nos esperaba en su casa para darnos la bienvenida. Catalina, agradeció el gesto –como se suele decir en estos casos– y le pidió que por favor nos disculpara con el escribano, no había dormido en todo el viaje y tenía un dolor de cabeza terrible, y como es muy educada aclaró que sin falta al día siguiente iría a saludarlo. Entonces, Elvira, con suficiencia, nos advirtió que al escribano Ponce jamás se le rechazaba una invitación, que semejante falta de cortesía no era propia de los habitantes de Cerros Pintados. En ese momento yo pensé: de dónde habrán sacado a esta vieja de rolitos.

La casa de los Ponce es inmensa, ocupa una manzana casi completa sobre la plaza, frente a la iglesia. Tiene un gran patio central hacia el cual dan un montón de puertas y, como todas son iguales, se parece más a un hotel que a una casa de familia. Una verdadera exageración porque Marcial es hijo único y tanto el escribano como su esposa, doña Rita, o la Doctora como la llaman en el pueblo a esta señora petisa y culona, más mandona que

un sargento, están poco y nada en su casa. El escribano, apenas más alto que su señora, anda siempre en pose con el pecho inflado como un palomo en celo. Parece un retrato de museo: pelo negro pegado con gomina, bigotes tipo cepillo de dientes y mirada de foto carnet, como la de la libreta de enrolamiento de mi abuelo.

16

Aquel día nos recibió en bata y pañuelo de cuello, y sin levantarse del sillón del escritorio nos pidió que nos sentáramos. Por un buen rato no paró de hablar: era un monólogo con preguntas que él mismo se respondía. No recuerdo lo que nos dijo, pero estoy seguro de que terminó de monologar tan bruscamente como había comenzado, para irse con la excusa de que tenía asuntos importantes que atender, dejándonos en manos de su esposa y los demás invitados. Catalina se había quedado dura y no se cansaba de repetir que aquel hombre era un maleducado y un privón.

Aquella mañana también conocí a algunos de los que iban a ser mis nuevos compañeros de clase: Luna y Tristán, los hijos del farmacéutico; los gemelos Arturo y Ramón Aguilar, Orlando, el hijo del carnicero, y por supuesto Marcial, el dueño de casa.

Marcial era gordito y más bajo que yo, recién después pegó el estirón, creído como su padre. Catalina lo definió como un consentido insoportable. En la casa lo llamaban niño y a él no le gustaba nada cuando las mucamas utilizaban ese apodo delante de los demás. Debo reconocer que aquel día no le costó mucho llamar mi atención con sus cuartos de juego donde tenía un Escalectric gigante

de cuatro pistas; una cancha de *bowling* profesional, otra de baloncesto, una especie de polígono de tiro al blanco para practicar con rifles y pistolas de aire comprimido, una gran variedad de coches y aviones que se manejaban a control remoto, dos *pinball*, un metegol y una pila de cajas con cosas a las que ya no le prestaba atención. El entusiasmo por ir a su casa me duró un tiempo, hasta que me di cuenta de que el resto de los chicos trataban de evitarlo y yo me estaba perdiendo un montón de programas fuera de aquella gigantesca y solitaria casa.

17

Cuando me pidió que lo acompañara hasta la cueva ubicada en la otra punta del valle no pude negarme: me sentía en deuda con él.